

Libros

ESPAÑA, AÑOS 40

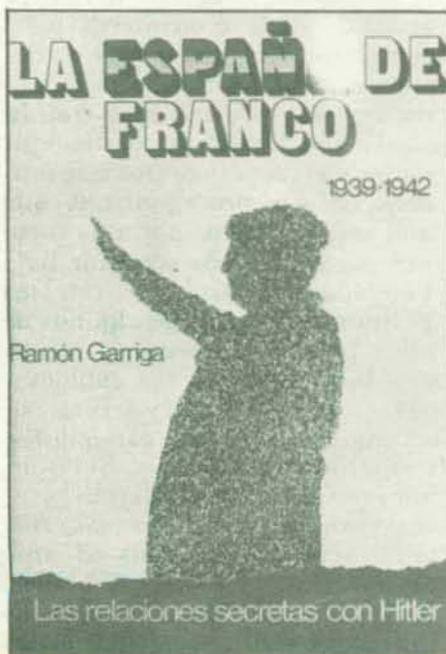
Nada resulta tan desconocido para el noventa por ciento de los españoles actuales como lo sucedido en España durante los últimos treinta y ocho años. Cualquiera persona de mediana curiosidad y cultura está más y mejor informada de lo ocurrido en este tiempo en otro país, por remoto que se halle, que de lo realmente acontecido en el suyo propio. No cabe sorprenderse, sin embargo, porque un rasgo común a todas las dictaduras modernas consiste en hablar constante y triunfalmente de sí mismas con tan sistemático olvido de la verdad que los pueblos que las padecen ignoran en todo momento lo que está sucediendo a su alrededor. En este sentido como en tantos otros—en contra de lo afirmado en un famoso **slogan** turístico— España no es diferente al resto del mundo. Muchos españoles no han llegado todavía a enterarse de la dura y prolongada represión de que fueron víctimas a lo largo de varios lustros cientos de miles de compatriotas suyos.

Aparentemente, la obra de Ramón Garriga, «La España de Franco», llega a las librerías españolas con un considerable retraso. Escrita hace más de veinte años, publicada en Argentina en 1965 y reeditada en México en 1970, sólo ahora, tras superar ingentes dificultades, ha podido ver la luz en nuestro país. Uno podría caer fácilmente en la tentación de pensar que cuanto pueda decir el autor sea de sobra conocido. La realidad, que surge apenas nos adentramos en los primeros capítulos, es que casi todo lo que Garriga cuenta resulta nuevo, desconocido e incluso nes del propio Franco, que en 1942 sorprendente para una mayoría de lectores. Basada en experiencias vividas personalmente, en documentos que sólo en raras ocasiones fueron reproducidos en España y en referencias de primera mano de protagonistas y testigos de los acontecimientos, la historia

que Garriga nos cuenta difiere radicalmente de la que durante cuarenta años se ha repetido con tanta insistencia como distorsión interesada de los hechos.

Veterano periodista y excelente escritor, Ramón Garriga se encuentra en las mejores condiciones para conocer a fondo los acontecimientos que historia. Ingresado en abril de 1937 en el Servicio Nacional de Prensa y Propaganda que funciona en Salamanca durante la guerra civil, es designado en octubre del mismo año jefe del Servicio Nacional de Prensa que, al constituirse el primer Gobierno nacional en Burgos, concentra todas las informaciones que se difunden en estrecha dependencia del ministerio del Interior, desempeñado a la sazón por Serrano Súñer. En agosto de 1939 marcha a Berlín como corresponsal, pasando posteriormente a agregado de prensa de la embajada española, puesto que ocupa a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial. Enfrentado con Arias Salgado, al llegar éste al Ministerio de Información y Turismo, decide abandonar España, marchando a la Argentina en 1951, trabajando como periodista en Buenos Aires por espacio de más de veinte años. Ramón Garriga escribe con ameno estilo periodístico, con-

tando las cosas como fueron, con absoluto desapasionamiento, pero con estricta sujeción a la verdad. Aunque este primer volumen trata fundamentalmente de las relaciones internacionales del franquismo, abundan en él datos, episodios y comentarios de la vida y la situación internas de España. Así y ya en el mismo prefacio incluye una referencia directa a un asunto impresionante por su dramatismo. Dice textualmente: «Fue en este período cuando logré aclarar un punto que siempre he considerado de suma importancia: las penas de muerte y las ejecuciones llevadas a cabo en España. Stalin tenía a Beria para ejecutar esta labor inhumana; Himmler fue el verdugo de Hitler. En mis tiempos de Salamanca y Burgos pasaron por mis manos varias órdenes enviadas por el Cuartel General del Generalísimo en las que se decía: «Por orden de S. E. difúndase en la Prensa que han sido agarrotados los siguientes criminales». Luego seguía una lista de unos diez nombres. Un colaborador de Franco en aquella época me contó que éste se reservaba la tarea de revisar las condenas y señalar cuáles eran los reos que debían ser indultados o ejecutados. Cualquiera momento era apropiado para esa labor. A veces lo hacía mientras en automóvil se dirigía a un frente de batalla. No necesitaba enterarse de todo el expediente para tomar una decisión. Bastaba, generalmente, la simple lectura de un resumen que acompañaba cada asunto. En ciertas ocasiones se detenía en el examen de algunos casos y cuando consideraba que el condenado había sobrepasado ciertos límites de delincuencia, daba salida a su enojo escribiendo de su puño y letra estas terribles palabras: «Garrote y prensa». No sólo hacía las funciones de Himmler, sino que usurpaba asimismo las del doctor Goebbels cuando se trataba de comunicar la ejecución de aquellos alemanes que escuchaban las radios extranjeras, delito que se castigaba con la pena de muerte decretada por el Führer».



En forma clara, documental y amena Ramón Garriga cuenta en las cerca de quinientas páginas de este libro la verdad de la sorprendente trayectoria recorrida en diez años por el hombre que en 1940 estrechaba la mano de Hitler en Hendaya diciéndole que «España desea luchar al lado de Alemania» y en 1951 recibía al almirante Sherman, representante del presidente Truman declarando enfáticamente que «entre los Estados Unidos y España estoy completamente seguro de que podría llegarse a un encuentro general en nuestra lucha común contra el comunismo». Estos cambios radicales de alianzas y opiniones han sido presentados durante lustros como prodigio de habilidad y astucia de un político genial que supo librar a su país del desastre de una conflagración universal; Garriga prueba en «La España de Franco» lo que hubo de casual, casi de milagroso en la neutralidad española entre 1939 y 1945.

Son varios los factores que contribuyen a que España no inter venga en la segunda guerra mundial, totalmente ajenos a la voluntad y deseos de sus gobernantes: la angustiada situación económica en que se encuentra el país, el pleno convencimiento hitleriano de poder ganar la guerra sin repartir con nadie el botín de las colonias francesas y británicas; las excesivas pretensiones reivindicativas de Madrid acerca de un futuro imperio africano e incluso la gran suerte de que el fracaso italiano en los Balcanes y la subsiguiente campaña alemana en Rusia aplacen primero e impidan después los planes de Hitler respecto a Gibraltar. «En 1941 —escribe Garriga— Rusia salvó al pueblo español de las consecuencias de la guerra porque Hitler decidió liquidar a Rusia antes de penetrar en la Península». Pero aquí encuentra el autor «uno de los grandes misterios de los últimos tiempos»: ¿Por qué Moscú no declaró la guerra a Madrid como contestación al envío de la División Azul? ¿Por qué trató Stalin con tanta consideración a Franco? «Nadie ha sabido explicarme el comportamiento de Stalin», confuye Garriga.

La entrevista de Hendaya con el

protocolo firmado en la misma —y que, creo que por primera vez, se publica en este libro de Garriga— demuestra claramente los propósitos franquistas; la ocupación de Tánger en el momento más difícil para Inglaterra; el envío de unos millares de voluntarios al frente de Leningrado y los repetidos discursos y declaraciones del propio Franco, que en 1942 prometía a Hitler dos millones de soldados españoles para cerrar a las hordas soviéticas el camino de Berlín; el entusiasmo oficial por los triunfos japoneses en el Pacífico y las felicitaciones a Tokio por la «liberación» de Filipinas, no dejan lugar a dudas acerca de las inclinaciones y anhelos del régimen español. Pero si todo esto es sobradamente conocido —aunque después de 1945 haya sido silenciado o interpretado en forma que tiene poco que ver con la verdad— hay un episodio mucho más significativo y casi totalmente ignorado: el altanero desprecio de un préstamo de doscientos millones de dólares ofrecido por los Estados Unidos en el verano de 1940. Las condiciones de dicho crédito —que España necesitaba imperativamente para reparar los estragos de la contienda civil— eran tanto o más generosas de lo que años después sería el Plan Marshall para buena parte del occidente europeo; Franco no quiso aceptarlo para no disgustar a sus amigos de Roma y Berlín.

En «La España de Franco» —que la Editorial Gregorio del Toro acaba de publicar en nuestro país, con abundancia de apéndices documentales— está toda la Historia que no pudo contarse treinta años atrás. En ella se relatan episodios y acontecimientos que muchos de sus protagonistas, que aún viven, tienen sobradas razones para tratar de sepultar bajo toneladas de tierra. Los retratos políticos y morales de algunos de ellos pueden parecernos increíbles hoy, luego de sus evoluciones posteriores. Si Arrese se distinguía por sus zancadillas y maniobras contra Serrano Súñer, Castiella y Areilza presentaban en un libro las reivindicaciones españolas al amparo de las victorias germanas; Ismael Herraiz, Víctor de la Serna y otros periodistas eran más hitle-

rianos que el propio Hitler y se daban episodios tan vergonzosos como el intento de convertir al teniente coronel Ansaldo en un vulgar espía o la explotación de las desviaciones sexuales de Ximénez de Sandoval —autor de una «Bibliografía apasionada de José Antonio»— en un formidable escándalo en que sus adversarios querían complicar a un ministro. Y con esto, junto a todo esto, un relato apasionante de las intrigas diplomáticas y las luchas entre bastidores de la política española en un largo período en que el pueblo español, marginado de su propio gobierno, silenciado a la fuerza, padecía las mayores calamidades.

Aunque «La España de Franco» fue escrita hace ya veinte años, y pese a que hayan transcurrido más de treinta de la época a que se refiere, conserva un interés apasionante porque descubre sucesos y episodios casi totalmente ignorados y nos ofrece una clave oportuna y eficaz para explicarnos mucho de lo que entonces y después aconteció en nuestro país. Incluso algo de lo que todavía hoy está sucediendo ante nuestros ojos. ■ E. DE GUZMAN.

LAS VOCES DEL FRANQUISMO

Hay diccionarios que se elaboran con frialdad erudita y diccionarios que se escriben con apasionamiento. Algo de todo ello encontramos en el breve «Diccionario del franquismo», que ha publicado la Editorial Dopesa dentro de su nueva colección «Mosquito». Pero hay sobre todo en este opúsculo de Manuel Vázquez Montalbán una mezcla, apenas disimulada, de rabia y de ironía. La rabia que podría sentir, por ejemplo, un entomólogo que tuviera que hacer la disección del monstruoso insecto que le martirizó sin piedad noche tras noche y cuyas picaduras todavía duelen; la ironía de quien sabe que en vano han tratado una y otra vez de jugar a Josué con la Historia todos los dictadores que en el mundo han sido, y que no han «atado y bien atado» que resista a la